

Mensaje del Arzobispo de Santiago, Cardenal Ricardo Ezzati en la Jornada de Planificación Arquidiocesana 2018

28 de agosto de 2018

Un saludo cordial al iniciar el tradicional encuentro de comunión y participación de la Iglesia de Santiago, una Iglesia que quiere ser de verdad, una Iglesia sinodal, que hace camino en forma sinfónica acogiendo los carismas y la unción de todos los bautizados que la formamos. El proyecto pastoral de nuestra arquidiócesis desde hace ya, varios años, acentúa esta dimensión comunional y esta dimensión sinfónica de la Iglesia. En un momento desafiante de la historia, estamos llamados, según palabras del Papa Francisco, a seguir construyendo una Iglesia profética que sabe poner en el centro lo importante. El servicio a su Señor en el hambriento, en el preso, el emigrante en el abusado, (carta del Papa al término del encuentro celebrado en el Vaticano el 17 de mayo de este año).

Quisiera en primer lugar, en este contexto, dirigirles un saludo muy cordial y expresarles la confianza de que dóciles al Espíritu Santo que habita nuestro corazón y que nos ha ungido en la dignidad de ser miembros de la Iglesia, podremos vivir y discernir en este encuentro lo que el Señor le sugiere a la Iglesia de Santiago y la invita a realizar en el próximo futuro, no solamente en la planificación del año que viene, sino como una actitud permanente de vida. Agradezco a todos el poner a disposición de la comunión eclesial los dones que hemos recibido, sea como sacerdotes, como consagrados como laicos, como hombres como mujeres, como jóvenes, como adultos o como ancianos.

El contexto nacional, el contexto eclesial y el contexto diocesano en el que vivimos y en que nos encontramos es un contexto absolutamente inédito en la vida de nuestra Iglesia, no en la vida de la Iglesia, porque ha tenido que afrontar lo que el Vaticano II define de la misma Iglesia que camina entre los consuelos de Dios y las pruebas de mundo, sino un contexto del todo inédito en nuestra realidad eclesial de Chile. Los términos que describen este contexto son muy conocidos: dolor, vergüenza, rabia, indignación, crispación. La palabra crispación quizás sea la palabra más exacta que caracteriza este tiempo. Vivimos crispación en lo político, vivimos crispación en lo social, vivimos crispación en lo legislativo, piensen cuáles son las leyes que en este momento se están discutiendo en las cámaras. Vivimos un clima universitario también complicado. Por lo menos hasta el término del semestre vamos a ver cómo se presenta el futuro inmediato, vivimos reivindicaciones que tienen mucho de justicia y también mucho de ideología, etc.

Vivimos crispación en el ámbito nacional y la Iglesia, nosotros, la Iglesia, hemos contribuido a esta crispación con nuestros problemas y con nuestros

delitos. En la vida de nuestra Iglesia diocesana y en la vida católica de nuestro país -y yo diría también del mundo- no faltan elementos gravitantes que ayudan a vivir este tiempo con esta tensión que definimos como crispación. Ha sido noticia de antes de ayer solamente que un ex nuncio pide la renuncia del Papa, no es difícil encontrar hermanos en la fe, sacerdotes, laicos que abiertamente denuncian a sus obispos, a sus hermanos sacerdotes, que los incriminan de actos aberrantes. Obispos acusados de encubrimientos, de delitos, laicos que se auto proclaman Iglesia y que dicen no tener necesidad de pastores. Sin duda alguna todos estos elementos nos hacen ver que necesitamos de un tiempo y de la sabiduría del espíritu para discernir y saber distinguir.

Las denuncias de clericalismo y de cultura de encubrimiento que vienen a nuestra Iglesia con la suprema autoridad de la Iglesia también nos provoca inquietud y preguntas, sobre todo nos invita a la tarea de discernimiento, de acoger sin ningún tipo de prevención la palabra que el Santo Padre nos ha dirigido para discernir en comunión con él y toda la Iglesia del país lo que es el camino a seguir. En la Iglesia que camina, que peregrina, que ha celebrado el IX Encuentro Mundial de las Familias, que está a las puertas de un nuevo sínodo de los obispos, con el tema los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, en la Iglesia que se está preparando al encuentro mundial de los jóvenes en Panamá, una Iglesia que reconocerá la presencia en ella de la santidad en la próxima canonización del Papa Pablo VI, de monseñor Óscar Romero y de otros fieles de la Iglesia.

Es una Iglesia particular la nuestra, que acaba de celebrar el X Sínodo Arquidiocesano y que intenta caminar en un proyecto orgánico de pastoral, una Iglesia misionera y misericordiosa, que anuncia a Jesucristo y a su reino en la visibilidad eclesial, anunciando el kerygma, buscando vivir la koinonia, celebrando al Señor resucitado en la liturgia y en los sacramentos y testimoniando en la diaconía en el servicio a tantos hermanos necesitados con tantas y hermosas iniciativas a nivel de cada una de las comunidades y a nivel de toda la diócesis. Es la nuestra una Iglesia que está viviendo un especial momento de su historia; vivimos en la situación de una Iglesia cuyo obispo ha presentado hace ya un año y ocho meses su renuncia al Santo Padre por haber cumplido los 75 años; que ha sido privada en estos últimos meses del servicio de cuatro de sus obispo auxiliares, nombrados para ser administradores apostólicos de diócesis vacantes de obispos.

Una Iglesia que está viviendo varias investigaciones canónicas y judiciales en relación a hermanos sacerdotes, una Iglesia que es parte de la que peregrina en Chile, sometida diariamente a sometimientos de variadas índoles en varios de sus miembros.

Esta es la realidad del país, de la Iglesia universal, de nuestra Iglesia particular que no podemos olvidar y que debemos tener muy presente en la

reflexión y en el discernimiento de estos días de trabajo. Un tiempo de gracia y de conversión.

Al abrir el año pastoral, el 17 de marzo pasado, hablé de la crisis eclesial y la definí como una "bendita crisis", porque es acogida como una llamada de Dios, invita a la conversión del corazón y a la conversión pastoral, tan necesaria para la misión de ser signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, toda ella puesta al servicio de los hermanos, especialmente de los más pobres y de los más necesitados. Es un tiempo de gracia y de conversión y lo quisiera describir con algunos hechos y acontecimientos vividos en los últimos meses.

Visita del papa Francisco y su enseñanza

En primer lugar, tiempo de gracia y de conversión caracterizado por la visita del Papa Francisco a nuestra Iglesia que peregrina en Chile y en particular a la Iglesia de Santiago. Quiero detenerme más allá de tantos gestos proféticos del Papa, algunos muy valorados y sentidos por él como una especial bendición de Dios en su vida como sucesor de Pedro, pero quisiera detenerme, sobre todo, en dos elementos claves que nos pueden ayudar en el discernimiento que estamos llamados a realizar en estos días.

Primero, su discurso en la Catedral de Santiago dirigido a los sacerdotes, consagrados y consagradas. Y por qué la acentuación sobre este encuentro y este discurso. Porque en él, el Santo Padre no solamente se refiere a la vida de los presbíteros y a los consagrados, sino frente a todo el camino de la Iglesia. Cuando en mi intervención afirmé que la vida presbiteral y consagrada atravesaba momentos difíciles y de turbulencia y desafíos no indiferentes, el Papa Francisco recordando justamente esa introducción mía, habló de tres temas fundamentales.

Se refiere a un grupo de los miembros de la Iglesia, pero con mucha verdad lo podemos referir a toda la Iglesia en Chile y en Santiago en particular. Nos habló de "Pedro abatido" y de la comunidad abatida, una realidad que se hizo mucho más palpable, después de su partida. Pedro abatido, la comunidad abatida.

Nos habló en segundo lugar, de "Pedro misericordiado" y de la Iglesia y la comunidad misericordiana. Nos habló de "Pedro transfigurado" y de la comunidad transfigurada. Es decir, con mucha claridad el discurso en la catedral no está dirigido único y exclusivamente a los presbíteros y consagrados, sino que está dirigido a toda la comunidad eclesial. Una comunidad abatida, que está llamada a descubrirse misericordiana y una comunidad que espera que la gracia la transfigure. Es lo que más adelante el Papa nos diría, es el signo de una Iglesia que fue herida por su pecado, misericordiana por su Señor y convertida en profética por vocación el 15 de mayo de 2018. Creo que estos tres elementos no podemos olvidarlos al

momento de pensar la misión de la Iglesia de Santiago en el futuro próximo, en el futuro mediano y largo.

En segundo lugar, tiempo de gracia y de conversión también por el gesto que el Santo Padre hizo a los obispos en la sacristía de la Catedral de Santiago. Y digo también esto en relación a su dimensión eclesial de toda la Iglesia en Chile y de nuestra Iglesia en Santiago. El Papa nos dice: "No olvidemos que somos parte del Pueblo fiel de Dios que es la Iglesia". La Iglesia no es, ni será nunca, una *elite* de consagrados, sacerdotes u obispos. Y con estas palabras el Papa invita a superar un mal que lo califica como propio de nuestra realidad y que ha denunciado constantemente en todos los discursos que ha hecho desde que fue elegido como sucesor de Pedro: el pecado del clericalismo.

El clericalismo nos ha dicho el Papa, poco a poco va apagando el fuego profético. Va apagando lo que es la misión de la Iglesia, la misión de ser signo y portadora de la voz que proclama, que indica el reinado de Dios. El clericalismo bloquea que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia, le pertenece a todo el pueblo de Dios. Y es interesante notar cómo, desde hace como tres años, cuando sacó por primera vez el Papa con fuerza el tema del clericalismo en la plenaria de la Comisión para América Latina, el Papa subraya que el clericalismo no es solamente un tema, que es el límite y es desviación en los presbíteros, sino que lo es también en los laicos, que no asumen muchas veces su responsabilidad y que no han sacado todavía su carnet de adulto en la vida de la Iglesia.

En esa ocasión el Papa ha invitado a la Iglesia de Chile a superar el mal del clericalismo y a sentirse una Iglesia ungida por el Espíritu y a no olvidar la unción del Espíritu que nos hace a todos un pueblo de sacerdotes, de reyes y de profetas. Y allí nos invita también a tener presente esto, especialmente en toda formación de laicos y, sobre todo, de seminaristas. La misión es de la comunidad y de todo el Pueblo de Dios.

Cómo traducir, entonces, en el discernimiento de la planificación pastoral de la Iglesia de Santiago esta dimensión que somos Pueblo de Dios, consagrados, sacerdotes, obispos, laicos de todas las edades y de todos los ámbitos de la vida de la Iglesia.

X Sínodo Arquidiocesano

Destaco un segundo elemento, que nos hace ver que estamos viviendo un tiempo de gracia llamados a la conversión. Más allá de la gracia de la visita papal, la Iglesia de Santiago ha vivido el X Sínodo, quisiera destacar en ello, en primer lugar, todo el proceso de participación, con la participación de un vasto número de jóvenes, que han sido protagonistas en primera línea, de su preparación.

Quisiera destacar el trabajo de la comisión pre-sinodal. En medio de la crisis, la celebración del Sínodo ha sido un momento significativo, que nos

dejó conclusiones y que en esta etapa del post-sínodo será necesario acoger, integrar.

Acogiendo también la reflexión del Sínodo de los Obispos, la exhortación apostólica que el Papa nos dará en el futuro y adaptarlas a las orientaciones diocesanas. Estamos en una etapa de post-sínodo, que es una etapa tan importante como la de preparación, de celebración, porque esto nos permite implementar de verdad lo que es el camino de la Iglesia en relación de la evangelización de los jóvenes, partiendo de un conocimiento y una cercanía empática de cada uno de ellos y de sus grupos, y buscando también en comunión líneas pastorales que nos ayuden a acompañarlos en el encuentro con Jesucristo.

Sin duda alguna, la reflexión sobre nuestra realidad eclesial es una oportunidad de gracia, de renovación y vida nueva. Y en ese sentido quiero decir algo en relación al tema bíblico que preside nuestra celebración de encuentro sinodal de estos días: Ustedes han visto como en la portada se dice: "Es preciso nacer de nuevo", haciendo alusión al tema que nos presenta san Juan en el capítulo tercero, en relación a lo que Jesús le dice a Nicodemo: "Te aseguro que si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios".

En este contexto de Chile, de la Iglesia y nuestra arquidiócesis, el Señor nos viene a decir a través de su palabra: "Te aseguro que si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios". Esa es la tarea, nacer de nuevo.

Jesús es enfático y claro, la novedad del reino exige un nuevo nacimiento, la realidad de la misión de la Iglesia en Santiago, en Chile, requiere un nuevo nacimiento, es decir, un vaciamiento de la levadura vieja que ya no fermenta la masa. Y entonces nos viene a nuestro corazón la pregunta de Nicodemo, cómo puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo, cómo puede nuestra Iglesia nacer de nuevo teniendo una historia. ¿Podrá nacer de nuevo en el vientre de su madre para nacer?

En la pregunta que legítimamente nos hacemos y debemos hacernos, y en la que nos hace la gente cuando nos enrostra tan duramente que pareciera que nada cambia. El diálogo de Jesús con Nicodemo nos permite asomarnos al misterio del nuevo nacimiento, ¿cómo se nace de nuevo? Jesús le dice a Nicodemo que nacer de nuevo es obra del amor de Dios, "tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que quien crea en Él no muera, sino que tenga vida eterna". ¿No es esta la invitación que constantemente nos ha hecho el Papa Francisco en todos los documentos que nos ha enviado, especialmente en la carta al Pueblo de Dios que Peregrina en Chile? Nacer de nuevo es obras del Espíritu, del amor de Dios y, por consiguiente, a redoblar la dimensión sobrenatural de la vida eclesial.

La Iglesia, nosotros, no somos nada si no nacemos del amor de Dios, si no somos reflejo de su amor. Y ¿cómo se manifiesta eso? En tanto gestos,

expresiones, vivencias de amor y fe que necesitamos redoblar en nuestra Iglesia.

En segundo lugar Jesús establece un segundo criterio. Junto al amor de Dios se exige a quienes formamos parte de la Iglesia caminar en la luz. En efecto dice Jesús, la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz.

Qué significa en el Evangelio de Juan caminar en la luz. Ustedes pueden recordar el prólogo del Evangelio de Juan y todo lo que él habla a lo largo de todo el evangelio. Basta recordar ese milagro del ciego de nacimiento y cómo es parábola de la Iglesia entera de nuestra propia vida.

Por consiguiente, el texto bíblico que hemos escuchado es una interpelación para nuestra comunidad eclesial. Preguntémonos con profundidad y fe qué significa nacer de nuevo. El Papa decía que se nos exige promover conjuntamente una renovación eclesial que nos involucre a todos. Nacer de nuevo no es solo tarea de algunos miembros de la Iglesia, es tarea de toda la Iglesia. Y agregaba el Santo padre que una Iglesia profética y, por lo tanto, esperanzadora, reclama de todos una mística de ojos abiertos, cuestionadora y no adormecida. No se debe robar la unción del Espíritu.

Y nos indica que para ello es necesario ponernos a la escucha, más que juzgar, más que criticar, ponernos a la escucha, no hemos sabido escuchar dice el Papa. Discernir supone aprender a escuchar. En su carta del 8 de abril de 2018, el Papa Francisco afirmaba: "Quiero compartir con ustedes la convicción de que las dificultades presentes son también una ocasión para reestablecer la confianza en la Iglesia, confianza rota por nuestros errores y pecados y para buscar sabiduría para sanar unas heridas que no dejan de sangrar en el conjunto de la sociedad chilena". Eso quiere decir para nosotros nacer de nuevo, y con esa actitud que nos propone justamente vivir, el texto del evangelio elegido como luz para esta jornada. Nacer de nuevo es obra de Dios, y nacer de nuevo es también obra de nuestra conversión, de ponernos en la actitud de acoger la luz y de hacer de la luz el camino de nuestra vida y de nuestro ministerio y de servicio especial.

Por eso este tiempo es un tiempo de gracia, leo nuevamente algunas expresiones del Papa Francisco: "Este tiempo que se nos ofrece, es un tiempo de gracia, tiempo para poder bajo el impulso del Espíritu Santo y en clima de colegialidad, dar los pasos necesarios para generar la conversión a la que el mismo Espíritu nos quiere llevar". Dejemos que este tiempo, sea tiempo de conversión.

Tres opciones concretas

Algunas opciones y caminos concretos. Cómo nacer de nuevo, cómo permitir que el amor de Dios nos rehaga como Iglesia, haga de nosotros un cántaro nuevo con el barro que somos. Cómo vivir en la verdad, cuáles son los parámetros fundamentales para ponernos en camino en esa dirección. El

Papa nos indica algunos caminos. El primer camino, **mirar al maestro**, tener los ojos fijos en Jesús. Una Iglesia profética que sabe poner a Jesús en el centro y nos dice como la piedad popular que es riqueza del Pueblo de Dios que ha sabido cultivar la sencillez de nuestro pueblo. Saber poner a Jesús en el centro, a Jesús y su Evangelio.

En este tiempo de crisis, uno de nuestros pecados es haber desviado de Cristo a la Iglesia. ¿No será también el pecado que nosotros debemos superar en este tiempo a partir de la misma comunidad eclesial, saber salir de nosotros mismos para mirar al maestro, a Jesús? Saber salir de la crítica diaria no por olvidar, sino para mirarnos, mirando al maestro, con los criterios del maestro, con el juicio del maestro. Poner a Jesús en el centro es ser capaces de convocar para generar espacios que acompañen y defiendan la vida de los diferentes pueblos que conforman nuestro vasto territorio, dice el Papa. Poner a Jesús en el centro significa confesar que en nuestra historia personal ha habido injusticias, mentiras, odio, culpa, indiferencia. Poner a Jesús en el centro significa mirar con humildad el camino que estamos llamados a reconocer para que en nuestra Iglesia crezca la santidad como creció en algunos de sus miembros en el tiempo pasado.

El Papa cita de una manera muy particular a san Alberto Hurtado. Lo segundo **mirar a la Iglesia**. Sí, tenemos que mirar a la Iglesia, pero desde Jesucristo, porque mirándola desde Jesucristo es una Iglesia que se descubre llamada a seguir el mismo camino, la misma verdad que es el Señor. Dejo de mirar al Señor para volver mi mirada a la Iglesia misma y ahí es cuando nos confundimos. Una verdadera mirada hacia la Iglesia no puede sino brotar de la mirada de Jesús y de manera muy particular, de nuestra Iglesia en Chile y de nuestra Iglesia en Santiago, el Papa nos invita a mirar a la Iglesia como Pueblo Santo y fiel de Dios.

Una Iglesia que, por consiguiente, está llamada a superar la "psicología de *elite*". Una Iglesia que si es elitista termina generando dinámicas de división, separación, de círculos cerrados que desemboca en una espiritualidad narcisista y autoritaria -son palabras del Papa- con la pretensión de querer ocupar todos los espacios, especialmente un lugar que no nos corresponde que es el lugar del Señor. El Papa nos ha dicho que este criterio, que es un criterio elitista, ha provocado tantos abusos y es el criterio que él define como la cultura de encubrimiento. Es interesante analizar y percibir las explicaciones que el Santo Padre da a la cultura de encubrimiento, porque los medios de comunicación social, la crítica, la refiere a encubrimiento de delitos, sí, también eso puede ser, pero el Papa, en la carta al pueblo fiel de Dios y también en una carta que me dirigió personalmente, a esa pregunta qué entiende el Santo Padre por cultura de encubrimiento. Él le respondió en la carta al pueblo de Dios, que se refiere a este criterio elitista, porque una Iglesia elitista en todos sus miembros y en todas sus actuaciones, encubre la dignidad del Pueblo de Dios.

Y en la carta respuesta que me envió a mi frente a esa pregunta, el Santo Padre me dice en primer lugar: Yo me refiero cuando hablo de cultura de encubrimiento a la Iglesia de Chile, una Iglesia que lastimosamente ha puesto a una elite como criterio de fecundidad, de desarrollo de sí misma, y ha olvidado que la Iglesia es Pueblo Santo fiel de Dios y que en él todos tienen una participación.

Recuerdo en este sentido lo difícil que ha sido que en cada comunidad pueda haber un efectivo Consejo Pastoral, pueda haber un efectivo Consejo de Administración Económica, pueda haber de verdad una participación de todos los carismas y dones que el Señor le ofrece al Pueblo Santo para que sean signo de su presencia en el mundo.

Eso es una mirada crítica que nos pide conversión. Por eso que el Santo Padre vuelve muy a menudo en el tema de la piedad popular como expresión auténtica de la fe del pueblo, esa fe que el pueblo sencillo no ha dejado que se le escapara de las manos.

Entonces, mirar a Jesús, mirar a la Iglesia. Y, tercero, urge **generar pedagogías nuevas de pastoral**; dinámicas eclesiales capaces de promover la participación y la misión compartida con todos los integrantes de la comunidad. Son palabras del Papa, urgen dinámicas eclesiales capaces de promover la participación y la misión compartida con todos los integrantes de la comunidad. Tenemos en nuestras comunidades parroquiales, en nuestras comunidades educativas pastorales, pensemos en nuestros movimientos, qué dinámicas eclesiales estamos llamados a promover para que se dé una auténtica participación y misión compartida entre todos los integrantes de la comunidad. Cosas muy prácticas y muy concretas que estamos llamados a descubrir y a discernir en este encuentro.

Además, sería irresponsable de nuestra parte no ahondar en buscar las raíces y las estructuras que permitieron los hechos que nos avergüenzan, es sabiduría para el presente y para el futuro. No se trata, cuando hacemos planificación, de poner un papel blanco sobre una mancha para decir que la mancha ha desaparecido. Sería irresponsable pensar en la programación pastoral de nuestra Iglesia sin buscar las raíces y las estructuras que han permitido los abusos de los cuales estamos avergonzados. Eso es sabiduría para el presente y para el futuro.

Tercero, **cuidémonos de la tentación de querer salvarnos a nosotros mismos**. Urge esta actitud espiritual. Cuidémonos de la tentación de querer salvarnos nosotros mismos. "Es culpa de los sacerdotes, es culpa de los obispos, es culpa de algunos, nosotros no tenemos nada que ver con eso". Cuidémonos de la tentación de querer salvarnos a nosotros mismos. La Iglesia es un cuerpo, y cuando un miembro del cuerpo sufre, cuando un miembro está enfermo, es el cuerpo entero que tiene que sentirse solidariamente enfermo. Y cuando unos miembros reaccionan a la

enfermedad, tiene que ser el cuerpo entero el que reacciona para lograr la salud y la salvación.

Y, finalmente, un cuarto elemento que urge, nos dice el Papa, **urge una Iglesia que se siente llagada**, pero capaz de comprender y conmoverse de las llagas del mundo de hoy. Lo repitió en Irlanda los días pasados. La Iglesia llagada, y solamente cuando se ve y se reconoce llagada, se sabe llagada, sabe conmoverse de las llagas del mundo de hoy.

Y, por último, algunas líneas de acción. Quisiera rescatar tal vez la línea más fundamental que el momento presente y la invitación del Santo Padre nos invita a asumir. La saco principalmente de la Carta al Pueblo de Dios que Peregrina en Chile y que, sin duda alguna, ustedes han reflexionado y meditado profundamente. Son caminos de verdad y vida ante la herida abierta y dolorosa, compleja, que exige valentía para mirar de frente el dolor causado, el rostro de las víctimas y la magnitud de los acontecimientos. **Y la primera gran línea que el Papa nos sugiere, es la línea que proviene de la Teología del Pueblo santo, fiel de Dios.** Cómo enfatizar en la Iglesia de Santiago, en las acciones concretas que va a discernir como acentuación para el próximo año, la realidad teológica de Pueblo de Dios.

Una Iglesia con aire sinodal, que sabe poner a Jesús en el centro y que cada vez más intenta superar lo que ha sido el suplantar, el acallar, el ningunear, el ignorar o el reducir la realidad del Pueblo de Dios, Pueblo de Dios en su totalidad, con sus diferencias. Todo el Pueblo de Dios somos la Iglesia, construimos comunidades, planes pastorales, acentuaciones teológicas, espiritualidades, estructuras. Cuando falta esto, estamos construyendo una comunidad sin raíces y sin historia. En este pueblo no existen cristianos de primera, segunda o tercera categoría. Esto exige renovadas formas de participación. El Papa nos dice: "Invito a todos los organismos diocesanos a buscar consciente y lúcidamente espacios de comunión y participación, una transformación eclesial que involucre a todos".

Pueblo de Dios, cómo sentirnos de verdad responsables de la Iglesia, de sus límites, pero, sobre todo, cómo sentirnos responsables de la gracia puesta en la vasija de greda que somos nosotros mismos. Y esto implica superar decididamente el mal de clericalismo, entendido como lo entiende el Papa, porque también, sin duda alguna, con dimensiones muy menores, pero que de repente aparecen en los medios sociales, hay la pretensión de crear una Iglesia simplemente fundada en los laicos y en un grupo de laicos que se auto comprende como "la" Iglesia, y si es una herejía el clericalismo, otro tanto lo es un laicismo que no comprenda la participación en comunión de todos los miembros de la Iglesia.

Y por eso, estar muy atentos a cómo vamos promoviendo de verdad la dignidad de todo el Pueblo de Dios, la vocación de todos. La Iglesia es una sola vocación, es el Cuerpo de Cristo, signo e instrumento de Cristo en la

historia. Pero esa vocación está hecha, está construida por vocaciones específicas, todas ellas necesarias, indispensables para que la Iglesia sea Iglesia.

Concluyo. Muy queridos hermanos y hermanas: este momento de reflexión, de discernimiento de estos días es una gracia que Dios nos concede, para colaborar en el discernimiento de las medidas que "a corto, mediano y largo plazo debieran ser adoptadas para restablecer la comunión eclesial en Chile". Son palabras del Papa, nosotros podríamos decir: para restablecer la comunión eclesial en nuestra diócesis de Santiago. Permanecer unidos a Cristo como los sarmientos a la vid. Nos invita a injertar en nuestra oración y poner a la Iglesia de Chile en estado de oración. Sin oración, sin contemplación de Cristo el Señor y de su misterio, sin invocar su gracia, no podremos renovar la Iglesia.

La renovación de la Iglesia no es una empresa humana, no es un cálculo de ingeniería. Es sobre todo correspondencia a la gracia, que nos pide también ser sagaces e inteligentes, y poner nuestra inteligencia al servicio de Dios. Pero es, en primer lugar, fruto de la gracia. "Queremos -dice el Papa, y es la invitación que les hago- pasar de ser una Iglesia centrada en sí, abatida, y desolada por sus pecados, a una Iglesia servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado. Una Iglesia capaz de poner en el centro lo importante, el servicio a su Señor en el hambriento, en el preso, en el sediento, en el desalojado, en el desnudo, en el enfermo y en el abusado".

Y termino con una última palabra del Papa: "Exhorto a todo el pueblo santo, fiel de Dios -nos exhorta, por consiguiente a nosotros- a no tener miedo de involucrarse y caminar impulsados por el Espíritu en la búsqueda de una Iglesia cada día más sinodal, profética y esperanzadora, menos abusiva, porque sabe poner en el centro a Jesús, en el hambriento, en el preso, en el migrante y en el abusado".

Les deseo y nos deseamos que estos días de reflexión, hoy y mañana, los podamos vivir bajo el amparo y la protección de la Virgen del Carmen, Madre de nuestra Patria, y Patrona muy especial de nuestra Iglesia Catedral, que es el techo común de todos quienes vivimos como discípulos del Señor en la Iglesia de Santiago.

Muchas gracias.